

La génesis de la pulsión sexual en Freud a la luz de la fenomenología de Husserl*

Pau Pedragosa Bofarull
Universitat Oberta de Catalunya
pau.pedragosa@gmail.com
 0000-0002-5929-5806



© del autor

Recepción: 8/2/2025
Aceptación: 22/4/2025
Publicación: 30/10/2025

Citación recomendada: PEDRAGOSA BOFARULL, Pau (2025). «La génesis de la pulsión sexual en Freud a la luz de la fenomenología de Husserl». *Enrahonar. An International Journal of Theoretical and Practical Reason*, 75, 81-100. <<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1654>>

Resumen

Desarrollamos en este artículo una interpretación del texto *Tres ensayos sobre teoría sexual*, de Freud, desde el punto de vista de la fenomenología genética de los instintos de Husserl. La clave e idea directriz de esta lectura consiste en entender los análisis freudianos de la sexualidad infantil como una investigación eidética de la pulsión en general. El objetivo del artículo es mostrar con detalle cómo Freud llega por medios psicoanalíticos a determinar un concepto de pulsión sexual infantil afín al concepto fenomenológico de instinto en el nivel infantil o genéticamente primario en Husserl: un impulso innato y ciego que solo busca la satisfacción o el placer sensorial. A lo largo del texto veremos algunas afinidades e, incluso, coincidencias notables entre la teoría de las pulsiones en Freud y la fenomenología de los instintos en Husserl. Más allá de estas afinidades, ambos autores difieren radicalmente en la concepción del papel de las pulsiones en la definición del ser humano. Dedicamos la conclusión a explicar esta diferencia.

Palabras clave: fenomenología genética; psicoanálisis; sexualidad infantil; instinto; cuerpo vivido; autoerotismo; autoafección; Rudolf Bernet; Jean Laplanche

Abstract. *Freud's genesis of the sexual drive in the light of Husserl's phenomenology*

In this article we develop an interpretation of Freud's text *Three Essays on Sexual Theory* from the point of view of Husserl's genetic phenomenology of instincts. The key and guiding idea of this reading consists in understanding Freud's analyses of infantile sexuality as an eidetic investigation of drive in general. The aim of the article is to show in detail how Freud arrives by psychoanalytic means to determine a concept of infantile sexual drive akin to Husserl's phenomenological concept of instinct at the infantile or genetically primary level: an innate and blind drive that seeks only sensory satisfaction or pleasure. Throughout the

* Este artículo se ha preparado en el marco del proyecto de investigación *Fenomenología de la corporalidad y experiencias de gozo* PID2021-123252NB-I00 (Gobierno de España).

article we will see some affinities and even remarkable points of coincidence between Freud's theory of drives and Husserl's phenomenology of instincts. Beyond these commonalities, the two authors differ radically in their conception of the role of drives in the definition of the human being. We devote the conclusion to explaining this difference.

Keywords: genetic phenomenology; psychoanalysis; infantile sexuality; instinct; lived body; autoeroticism; auto-affection; Rudolf Bernet; Jean Laplanche

Sumario

1. La pulsión sexual infantil y la estructura eidética de las pulsiones
 2. El modo de acceso a la sexualidad infantil
 3. El conflicto entre instinto y pulsión en el psicoanálisis de Freud: desmontaje de la concepción popular de la sexualidad
 4. La pulsión instintiva según la fenomenología genética de Husserl
 5. La génesis de la pulsión sexual
 6. El autoerotismo en Freud o la autoafección en Husserl
 7. Protoespacialidad libidinal
 8. Conclusión: la diferencia radical entre Freud y Husserl respecto al sujeto pulsional
- Referencias bibliográficas

1. La pulsión sexual infantil y la estructura eidética de las pulsiones

El libro de Freud de referencia que vamos a seguir en este artículo es *Tres ensayos sobre teoría sexual (Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie)* (Freud, 1972)¹, de 1905, el texto fundamental y definitivo para comprender su teoría de las pulsiones, a pesar de las continuas revisiones y modificaciones que hizo a lo largo de su vida. Según la interpretación fenomenológica de Rudolf Bernet (2020: 174)², la teoría de las pulsiones de Freud es un análisis eidético de los constituyentes esenciales inherentes a todas las pulsiones. Los constituyentes o momentos esenciales son cuatro (la presión, el fin, la fuente y el objeto) y forman lo que podemos llamar «estructura eidética» de la pulsión. Estos cuatro componentes, así como el mismo término *pulsión (Trieb)*, aparecen por primera vez en la obra de Freud en los *Tres ensayos*. Para determinar la estructura esencial de toda pulsión en general, Freud recurre primero a un tipo de

1. Seguimos la versión en castellano publicada por Alianza Editorial en «El Libro de Bolsillo» (Freud, 1972), que se corresponde con las *Obras completas* editadas por Biblioteca Nueva en tres volúmenes con traducción de Luís López Ballesteros. La traducción tiene el inconveniente de no diferenciar entre *Instinkt* y *Trieb* (traducidos ambos como «instinto»), puesto que la diferencia entre ambos términos es de gran importancia, como veremos.
2. Nuestra interpretación fenomenológica de la teoría de las pulsiones de Freud sigue de cerca este importante libro de Rudolf Bernet (2020), especialmente el capítulo 4: «The Three Stages of Freud's Drive Theory and Lacan's Amendments». Para la interpretación psicoanalítica de la teoría de las pulsiones y del psicoanálisis de Freud en general seguimos especialmente a Jean Laplanche (1970).

pulsión en particular, la pulsión sexual y, más específicamente, al origen de esta en la temprana infancia, que llama «pulsión sexual infantil». La sexualidad infantil no es, pues, solo un fenómeno particular, sino lo que en fenomenología se llama «fenómeno primario», uno especialmente señalado, un fenómeno específico y particularmente evidente que hace de «hilo conductor» para facilitar el acceso a fenómenos más generales y menos directamente evidentes. Dicho de otro modo, el hilo conductor lo constituye un fenómeno óntico que abre la puerta a un fenómeno ontológico. En la mayoría de los casos este fenómeno no es señalado por una elección metodológica subjetiva, sino que se sugiere, a menudo sin nuestra conciencia explícita, como una guía para despejar el camino hacia la exploración de fenómenos (Bernet, 2020: 140). La pulsión sexual es, por un lado, una pulsión particular entre otras, pero, por otro lado, también es un fenómeno primario que permite entender los constituyentes esenciales de toda pulsión en general.

Desde este punto de vista podemos replicar a la extendida crítica que acusa a Freud de *pansexualismo*, esto es, la acusación directa por parte de sus adversarios de que lo explica todo solo en términos sexuales (Laplanche, 1970: 26). El fenómeno que hace de hilo conductor no debe confundirse con un fundamento en el sentido de un *a priori* ontológico ni tampoco implica que sea cronológicamente primero ni el único que rige. De hecho, lo que rige, lo que es primero cronológicamente y *a priori* es, como veremos, el conflicto entre el instinto de autoconservación y la pulsión sexual. Lejos de establecer un monismo pulsional de carácter sexual, Freud reconoce un dualismo originario (Bernet, 2020: 143). La teoría de la sexualidad de Freud se basa en el conflicto, y el conflicto implica un dualismo (Laplanche, 1970: 26).

Los cuatro momentos que definen la esencia de la pulsión son los siguientes (Laplanche, 1970: 10-13; Gómez, 2021: 242-246):

- *Drang*. La presión (traducción de Bernet), *impetus* (traducción de Laplanche) o *impulso, fuerza* (como también lo podemos traducir) de la pulsión es una especie de empuje o fuerza incesante que nunca puede satisfacerse plenamente o descargarse totalmente de manera que se agote o se suprima por completo. Este constituyente es el más importante, pues define la esencia misma de toda pulsión.
- *Quelle*. La fuente de la pulsión es la parte del cuerpo en la que se produce la estimulación o la excitación. En relación con la pulsión sexual, una fuente es una *zona erógena*.
- *Ziel*. El fin o la meta de la pulsión es la satisfacción, el placer logrado mediante la distensión o descarga de la tensión provocada por el estímulo, suprimiendo así la excitación de la fuente.
- *Objekt*. El objeto de la pulsión es aquello a lo que la pulsión tiende para descargar la tensión del estímulo y puede ser extraordinariamente diverso. En relación con la pulsión sexual infantil, el objeto es la misma *zona erógena*, y así se define el autoerotismo.

Estas breves descripciones de cada uno de los componentes de la pulsión se irán aclarando y precisando a lo largo del artículo.

2. El modo de acceso a la sexualidad infantil

Antes de entrar a considerar la génesis de la pulsión sexual en la infancia debemos entender cómo accede Freud a esta pulsión, pues no está nada claro de qué modo podemos llegar a conocer cómo son las pulsiones de los bebés recién nacidos. El orden de la disposición de los *Tres ensayos* nos da una indicación muy importante. El primero se titula «Las aberraciones sexuales» (*Die sexuellen Abirrungen*); el segundo, «La sexualidad infantil» (*Die infantile Sexualität*), y el tercero, «Las transformaciones de la pubertad» (*Die Umgestaltungen der Pubertät*). Que el ensayo dedicado a la sexualidad infantil sea el segundo indica que Freud no accede directamente a la sexualidad infantil, sino indirectamente a través del rodeo por las aberraciones o las perversiones sexuales.

La razón de este rodeo se explica por la ausencia de recuerdos fidedignos de la temprana infancia (Freud, 1972: 41, 42). Por carecer de estos recuerdos, las perversiones sexuales y las neurosis en adultos constituyen la mejor fuente de información de la sexualidad infantil, porque «la sexualidad de los psico-neuróticos conserva la esencia infantil» (Freud, 1972: 42), es decir, las perversiones son síntomas de un retorno neurótico de la sexualidad infantil. Este retorno significa que hay una continuidad entre la sexualidad infantil y la adulta. Esta interpretación tiene sus riesgos, pues parece implicar que los mismos impulsos sexuales que en adultos son aberrantes, en la infancia son normales (Bernet, 2020: 152). Freud soslaya este riesgo mediante una interpretación teleológica del desarrollo de la sexualidad infantil, según la cual las pulsiones sexuales infantiles se ordenan en fases consecutivas, a saber, la fase oral, la anal y la genital, hasta llegar a la sexualidad normal en la pubertad y la edad adulta. El adulto que no supera con éxito esta evolución recae en estados infantiles que en la edad madura se consideran aberrantes.

Freud llama «psicología regresiva» al método que descubre la niñez del adulto analizado (1972: 65, 66). El método regresivo de la terapia psicoanalítica emplea la hipnosis con el paciente (que Freud acabó por abandonar) y, sobre todo, el método de la asociación libre. Este tipo de asociaciones —que el terapeuta pide al paciente y que es también el que opera durante el sueño— intenta desactivar al máximo la actividad consciente del yo, y hay que entenderlo (Lear, 1990: 85) como el intento de recuperar o aproximarse, por analogía, a lo que Husserl llama las «asociaciones pasivas» que ocurren de forma «inconsciente» en el nivel genético más profundo de la conciencia. Hay que añadir que Freud también recurre a la observación directa de la vida infantil, pero considera que tiene el inconveniente de que fácilmente se incurre en error, y propone la acción conjunta de los dos métodos de investigación:

La investigación psicoanalítica regresiva, que descubre la niñez del adulto analizado, y la investigación directa de la vida infantil nos han revelado otras fuentes regulares de la excitación sexual. La observación directa de la infancia tiene el inconveniente de trabajar con objetos en los que fácilmente se incurre en error, y el psicoanálisis queda dificultado por el hecho de no poder llegar ni a sus objetos ni a sus resultados más que por medio de grandes rodeos. Mas con la acción conjunta de ambos métodos de investigación se consigue un grado satisfactorio de seguridad de conocimiento. (Freud, 1972: 66)

También para Husserl las formaciones de nuestro propio pasado más temprano son inaccesibles en la rememoración y se pueden poner de manifiesto solo indirectamente por medio del análisis de la interioridad de la conciencia de otros niños que encontramos en el presente. Puesto que la interioridad de otros niños no se da en una vivencia original e inmediata, hay que acceder por medio de una presentificación basada en su comportamiento corporal. Por analogía con el comportamiento infantil, podemos entonces llegar a la reconstrucción de las formaciones de nuestro propio pasado.

Además de la reconstrucción del propio pasado por medio de los niños en nuestro presente, Husserl también utiliza, para llegar al estrato primario del ser infantil, el método regresivo de la fenomenología genética, que, mediante una pregunta retrospectiva, accede a los estratos constituyentes más profundos de la conciencia de una subjetividad pre-yoica: «En mi presente trascendental está implícito mi pasado trascendental y todos los niveles de mi ser “infantil” trascendental con mi “mundo” en cada caso correlativamente constituido» (Husserl, 1973: 583).

Tanto Freud como Husserl tienen, pues, en común utilizar dos métodos: la observación de los niños que conozco en mi mundo maduro es necesaria, pero no suficiente, y recurren entonces a otro método regresivo: la terapia psicoanalítica o la fenomenología genética.

3. El conflicto entre instinto y pulsión en el psicoanálisis de Freud: desmontaje de la concepción popular de la sexualidad

El término alemán *Trieb*, que traducimos por *pulsión*, se vertió en las primeras versiones de la obra de Freud, tanto en castellano como en francés y en inglés, por *instinto*. La elección de este término como traducción de *Trieb* no es solamente inexacta, sino que además corre el peligro de introducir una confusión entre la teoría freudiana de las pulsiones y las concepciones del instinto animal (Laplanche y Pontalis, 2004: 198; Laplanche, 1970: 9, 10; Gómez, 2021: 225, 226). Estas primeras traducciones han sido corregidas y ahora de manera unánime se traduce correctamente *Trieb* por *pulsión*. La crítica de Freud a la concepción «popular» de la sexualidad tiene precisamente el propósito de desvincular la pulsión sexual humana del instinto (Lear, 2005: 75, 76). Justo al inicio de *Tres ensayos sobre teoría sexual*, leemos:

Para explicar las necesidades sexuales del hombre y del animal supone la Biología la existencia de un «instinto sexual», del mismo modo que supone para explicar el hambre un instinto de nutrición. Pero el lenguaje popular carece de un término que corresponda al de «hambre» en lo relativo a lo sexual. La opinión popular posee una bien definida idea de la naturaleza y caracteres de este instinto sexual. Se cree firmemente que falta en absoluto en la infancia; que se constituye en el proceso de maduración de la pubertad, y en relación con él, que se exterioriza en los fenómenos de irresistible atracción que un sexo ejerce sobre el otro, y que su fin está constituido por la cópula sexual o a lo menos por aquellos actos que a ella conducen. (Freud, 1972: 7)

La concepción popular concibe la sexualidad según el modelo del hambre, como un instinto que responde a una necesidad natural siguiendo un patrón fijo de comportamiento; un instinto que, en el ser humano, no aparece hasta la pubertad debido a un proceso de maduración. En contra de esta concepción, Freud sostiene que la sexualidad humana no es un instinto natural, sino una pulsión, cuyo impulso, lo que la presiona y empuja —que Freud llama «libido»—, surge precisamente en la infancia y, además, no tiene ni un objeto ni un fin ni una fuente naturalmente determinados.

Para demostrar su nueva concepción, Freud presenta, en el primero de los *Tres ensayos*, un catálogo, que no tiene pretensiones de exhaustividad, de las perversiones de la sexualidad adulta. El libro empieza con este capítulo precisamente para mostrar que la sexualidad carece de un *objeto*, un *fin* y una *fuente* únicos e insustituibles, que se prescriban de forma natural a la función sexual y determinen un patrón fijo de comportamiento. Si la pulsión sexual en los seres humanos fuera como un instinto animal, cabría esperar un patrón rígido e innato en cuanto al objeto, al fin y a la fuente sexual: el objeto sería una persona del otro sexo; el fin, la reproducción, y la fuente, los órganos sexuales. Pero la sexualidad humana adulta muestra que hay una gran variación, tanto en el objeto como en la finalidad y la fuente. La homosexualidad³ adulta muestra cómo la elección de un *objeto*, una pareja del sexo opuesto, no está determinada naturalmente y, por tanto, no se puede establecer una analogía entre *pulsión sexual* o *libido* y *hambre*. Las perversiones sexuales adultas también ilustran sobre la gran variabilidad de la *fuente* y el *fin* de la pulsión sexual, esto es, los procesos de excitación en un órgano o «zona erógena» y la manera de apaciguar el estímulo en ese órgano. Los análisis del fetichismo, voyeurismo/exhibicionismo y sadismo/masoquismo ponen de manifiesto que los órganos genitales no constituyen las únicas zonas erógenas, y además que su manipulación no es la única manera de alcanzar placer sexual (Bernet, 2020: 151). En los casos que Freud llama «aberraciones de la sexualidad adulta» se

3. Aunque Freud incluye la homosexualidad (que llama también «inversión») entre las perversiones, lo hace con muchas precauciones —«los invertidos no pueden considerarse como degenerados» (1972: 10)—, de modo que debemos entender la homosexualidad en el sentido de su argumentación en contra de la concepción popular de la sexualidad, de que sea un instinto natural cuyo objeto está predeterminado, y de ninguna manera como una valoración moral.

consideran como sexuales todo tipo de actividades que no tienen relación con la reproducción.

Si la sexualidad humana se distingue de la animal, como pone de manifiesto el primer ensayo, entonces debemos preguntar cuál es la génesis de la pulsión sexual humana y en qué y cómo se distingue del instinto natural. Según Freud, la sexualidad humana se constituye precisamente en *conflicto* con el instinto natural. La explicación de este conflicto es el contenido del segundo ensayo «La sexualidad infantil».

El conflicto entre la pulsión sexual y el instinto natural, que Freud llama «pulsión⁴ de autoconservación» o «pulsión yoica» (*Ichtrieb*), constituye el estrato más originario de nuestra vida psíquica (Bernet, 2020: 148). El origen de la sexualidad humana es el resultado de este conflicto y consiste en lo siguiente: un placer sentido en la satisfacción de una necesidad natural como, por ejemplo, comer, se desprende de esta necesidad y es buscado en sí mismo a través de una pulsión autónoma que Freud llama «pulsión sexual» (Laplanche, 1970: 15; Bernet, 2020: 362, nota 21; Gómez, 2021: 239). Esta es justo la génesis de las primeras pulsiones sexuales infantiles⁵.

Para describir esta génesis del placer sexual, Freud utiliza el concepto de *Anlehnung* traducido por el término técnico *análisis*, pero que, siguiendo a Laplanche (1970: 16), podemos traducir de manera más comprensible como *apoyo* o *apuntalamiento*. *Apoyo* designa la relación primitiva de las pulsiones sexuales con las pulsiones de autoconservación: las pulsiones sexuales se apoyan sobre las funciones o necesidades vitales (comer, por ejemplo) para luego poder separarse de ellas: «La actividad sexual se apoya primeramente en una de las funciones puestas al servicio de la conservación de la vida, pero luego se hace independiente de ella» (Freud, 1972: 47). Las necesidades vitales proporcionan

4. Es legítima la crítica a Freud acerca de por qué usa la misma palabra —*Trieb*— para designar tanto las pulsiones sexuales como las de autoconservación, habiendo establecido la firme oposición entre ambas, y por qué no reserva *instinto* para las de autoconservación. Hay que tener en cuenta que, cuando Freud habla de la pulsión en general, se refiere a la pulsión sexual, atribuyéndole características de esta, tales como la variabilidad del fin y la contingencia del objeto. Por el contrario, para las «pulsiones» de autoconservación, las vías de acceso están preformadas y el objeto que las satisface se halla determinado desde un principio. Ver la entrada «Pulsiones de autoconservación» del *Diccionario de psicoanálisis* (Laplanche y Pontalis, 2004: 333).
5. Podemos dividir la obra de Freud en dos períodos distinguidos por los dos tipos de dualismos pulsionales que defiende. En la primera época, de 1905 hasta la década de 1920, defiende la oposición entre la pulsión sexual y la pulsión de autoconservación. A principios de la década de 1920, en parte como consecuencia de la Primera Guerra Mundial y del gran número de pacientes que tuvo con neurosis bélica, diagnosticada entonces como histeria, Freud detectó una nueva pulsión de carácter destructivo que bautizó como «pulsión de muerte», opuesta a la «pulsión de autoconservación». Si el primer dualismo pulsional lo caracterizó en términos míticos como la lucha entre Hambre y Amor, la segunda lo hace con los términos Amor y Muerte o Eros y Tánatos. En este segundo dualismo, la pulsión sexual, a diferencia del primero, cae del lado de Eros, de la vida y la autoconservación. Nosotros nos vamos a centrar en el primer dualismo, pues es el que nos interesa en cuanto a la génesis del placer sexual.

a las pulsiones sexuales una *fuente* (la parte u órgano del cuerpo que luego se convertirá en zona erógena, la boca, por ejemplo); un *fin* (su modo de satisfacción, succionar, chupar, por ejemplo), y, de modo más problemático, un *objeto*. La sexualidad emerge «apoyada» sobre la función de conservación de la vida y, a la vez, separándose de ella. La génesis del placer sexual se da en este movimiento de separación o disociación de la necesidad vital. Y cuando esto ocurre, *el objeto de la necesidad es abandonado* y la fuente se autonomiza de la actividad sujeta a ese objeto.

La estrategia de Freud de distinguir la pulsión de comer de la pulsión sexual no es describir dos pulsiones particulares diferentes —una que tiene un objeto predeterminado y otra que no—, sino entender la génesis de la pulsión en general. Es decir, que la pulsión sexual no tenga un objeto determinado quiere decir —como veremos con más detalle— que el objeto de toda pulsión (no solo de la sexual) no está determinado, sino que tiene una enorme variabilidad y plasticidad, y esto significa que el objeto en el que la pulsión descarga la presión es instrumental y transitorio, no es más que una causa meramente ocasional para lograr la satisfacción (Bernet, 2020: 178).

4. La pulsión instintiva según la fenomenología genética de Husserl

La distinción de Freud entre el instinto natural y la pulsión sexual infantil es, en el fondo, la misma que hace Husserl, si bien no coincide terminológicamente. La distinción de Husserl es entre el concepto fenomenológico y el concepto científico-natural de *instinto* (Lee, 2020: 241, 242; Mensch, 1997: 220, 221; Hart, 1998: 101, 102). Podemos distinguir dos conceptos de instinto: como «comportamiento instintivo» y como «pulsión innata» (Lee, 2020: 241). El primero es entendido como un «comportamiento completamente determinado»; el segundo, como una «fuerza innata que impulsa a un organismo perteneciente a una especie a dirigirse hacia tipos específicos de objetos» (p. 241). Es este segundo concepto el que se puede calificar de concepto fenomenológico de instinto y que difiere del científico-natural. El concepto científico de «comportamiento instintivo» se establece desde la observación externa, mientras que el de «pulsión innata» se establece desde una observación interna. Es en este concepto de instinto en el que se basa Husserl para desarrollar su fenomenología genética de los instintos (Lee, 2020: 242). Según el proceder metódico de la fenomenología, se pone entre paréntesis el concepto científico de instinto para concebirlo, desde una consideración interna o inmanente, como un tipo de intencionalidad (*noesis*) instintiva cuyo objeto (*noema*) no está determinado natural o mecánicamente, es decir, desde fuera. Por esta razón, Husserl utiliza este concepto de instinto para investigarlo genéticamente y ver cómo el instinto adquiere sus objetos gradualmente.

Según esta diferencia, entendemos que el concepto freudiano de instinto (la concepción popular de la sexualidad) corresponde al concepto científico-natural, pues tiene ya determinados su objeto y su fin, y la pulsión sexual infantil (entendida como fenómeno primario) corresponde al concepto feno-

menológico de *instinto*, pues no tiene un objeto externamente determinado. Pero, a diferencia de Freud, Husserl no fija ni distingue los dos términos, sino que usa indistintamente *instinto* (*Instinkt*) y *pulsión* (*Trieb*), pues *instinto* ya está considerado fenomenológicamente desde el principio. Además de estos términos, Husserl usa también (Moran, 2017: 13) *pulsión instintiva* (*inkstintiver Trieb*), *impulso* o *anhelo* (*Streben*), *esfuerzo* (*Treiben*) o *tendencia* (*Tendenz*). Todas estas nociones recogen lo esencial del concepto fenomenológico de instinto, esto es, una intencionalidad ciega, un «volverse hacia» que, aunque no posee un objeto definido, muestra la forma de una dirección, tiene una tendencia (Quepons, 2021: 200).

Para interpretar fenomenológicamente el conflicto originario en el que, según Freud, aparece la pulsión sexual, es decir, el instinto considerado fenomenológicamente, debemos recurrir a la fenomenología genética, pues dicho conflicto sucede en el estrato más originario de la vida de la conciencia, y es la fenomenología genética la que nos permite acceder a esos estratos constituyentes más profundos. Husserl intenta mostrar la existencia de este estrato con el ejemplo de la génesis trascendental de un bebé recién nacido. Aunque el bebé no tiene ningún tipo de representación de la comida como un medio para satisfacer el hambre, tiene una necesidad instintiva de comer. Este instinto es «una forma de esforzarse ciegamente por alguna cosa sin tener ninguna representación de su objetivo» (Husserl, 2006: 11). Freud describe la pulsión sexual infantil de un modo muy parecido.

Considerar la primera infancia supone distinguir la subjetividad madura, que es un sujeto constituyente activo en el presente, de la subjetividad infantil, que hace referencia al yo que opera en la esfera primigenia de la génesis. El yo adulto se desarrolla a partir de esta vida originaria, la vida puramente pasiva del comienzo. La experiencia pasiva que aquí opera no consiste en actos del yo ni sus correlatos tienen el carácter de objetos en sentido estricto. Si bien el yo infantil no está aún plenamente constituido, la vida pasiva ya supone un cierto centramiento del yo que opera de manera instintiva o pulsional: «El yo del comienzo constitutivo no es un yo-polo vacío y el comienzo de la afección no es completamente indeterminado, ya es afección de instintos» (Husserl, 2008: 474). La fenomenología genética permite entender cómo el yo fue lentamente autoconstituyéndose y cómo fue tomando forma la intencionalidad de la conciencia en el sentido de la conciencia de un objeto (Serrano de Haro, 2016: 257).

5. La génesis de la pulsión sexual

Veamos cómo tiene lugar el conflicto entre el instinto natural y la pulsión sexual en el caso específico de la *pulsión sexual oral*, que es para Freud el paradigma de toda pulsión sexual infantil. ¿Cómo ocurre el apoyo, el movimiento de separación de la necesidad vital? Este es el momento crucial en el que, simultáneamente a la satisfacción de la pulsión de comer, empieza a aparecer un proceso sexual, una estimulación en la boca y los labios del lac-

tante. En este momento es casi imposible distinguir y determinar el fin, el objeto y la fuente. ¿Cuál es el fin: saciar el hambre o apaciguar el estímulo en los labios? ¿El objeto es la leche, el pecho materno o hay otro objeto? ¿La fuente es la boca como parte del sistema digestivo o como zona erógena? (Laplanche, 1970: 17). Esta duplicidad es, según Freud, el origen de los trastornos psicológicos, pues un mismo órgano constituye el soporte de dos tipos de actividad pulsional. Una pulsión busca un objeto real (la leche materna) y se basa en el principio de realidad, mientras que la otra pulsión quiere aliviar en el recuerdo y la fantasía, en forma fantasmática, una tensión local en la boca, de modo que permanece bajo el dominio del principio de placer. Esta última pulsión, que busca solo el placer, aliviar la estimulación en la boca, a través de la succión y el movimiento de los labios tocándose, puede obstaculizar el fin de la otra, la necesidad natural de alimentarse. Este conflicto pulsional solo puede resolverse reprimiendo una de las dos pulsiones en beneficio de la otra (Bernet, 2020: 163).

Podemos esbozar el movimiento de separación de la necesidad vital como génesis de la pulsión sexual en dos fases (Lear, 2005: 82): la primera corresponde a la pulsión de comer; la segunda, a la pulsión sexual que emerge apoyada en la primera. Freud explica así la primera fase:

La primera actividad del niño y la de más importancia vital para él, la succión del pecho de la madre (o de sus subrogados), le ha hecho conocer, apenas nacido, este placer. Diríase que los labios del niño se han conducido como una zona erógena, siendo, sin duda, la excitación producida por la cálida corriente de la leche la causa de la primera sensación de placer. En un principio la satisfacción de la zona erógena aparece asociada con la del hambre. [...] Viendo a un niño que ha saciado su apetito y que se retira del pecho de la madre con las mejillas enrojecidas y una bienaventurada sonrisa, para caer enseguida en un profundo sueño, hemos de reconocer en este cuadro el modelo y la expresión de la satisfacción sexual que el sujeto conocerá más tarde. (Freud, 1972: 47)

Mientras el lactante hambriento se alimenta con el pecho de la madre, tiene una experiencia placentera. No solo experimenta cómo se apaciguan los dolores del hambre, sino que también tiene sensaciones de placer alrededor de su boca cuando chupa el pecho, así como sensaciones placenteras de estar lleno (con la leche materna). En esta fase el placer solo acompaña, es un efecto concomitante, una *Nebenwirkung* (Freud, 1972: 96), no un fin en sí mismo.

Segunda fase:

Se ve claramente que el acto de la succión es determinado en la niñez por la búsqueda de un placer ya experimentado y recordado. Con la succión rítmica de una parte de su piel o de sus mucosas encuentra el niño, por el medio más sencillo, la satisfacción buscada. (Freud, 1972: 47)

Si el niño tiene hambre y el pecho de la madre no está disponible, siente el malestar de una estimulación no satisfecha, entonces el bebé recuerda y tiene fantasías de esas primeras experiencias placenteras de chupar y encuentra for-

mas de recrearlas independientemente de su función biológica original. El fantasear sobre el placer es en sí mismo placentero, proporciona sus propias gratificaciones y, de este modo, la actividad de fantasear empieza a cobrar vida propia y, con ella, la actividad de chupar (Lear, 2005: 82). Así se establece una zona erógena. Para Freud, que el bebé empiece a chuparse el dedo representa un gran logro psicológico, porque cuando su madre está ausente puede recrear el placer intenso que tenía.

Veamos ahora la descripción fenomenológica de Husserl de los instintos más básicos de un lactante. Husserl describe en estos términos el instinto de comer, que corresponde a la que hemos llamado «primera fase»:

Tan pronto como se produce el olor del pecho de la madre y la *sensación de los labios tocándose*, se despierta una dirección instintiva hacia la bebida y entra en juego una cinestesia originaria. Si la bebida no se produce inmediatamente, ¿qué ocurre? Por ejemplo, el olor por sí solo despierta algo más, una apercepción vacía, por así decir, que no tiene ningún fin «consciente». Si entonces se produce el contacto, el camino hacia el cumplimiento es propiamente una pulsión instintiva (*instinktiver Trieb*) continua, que es una intención no plenificada. Luego, en el *cumplimiento de los movimientos de tragarn, etc., en los que hay plenificación*, se manifiesta la pulsión instintiva. (Husserl, 2006: 36b.
El énfasis es nuestro)

En este momento originario, el pecho de la madre no es en ningún modo un objeto intencional para el bebé, pues el pecho que vincula al bebé y a la madre precede a la constitución y a la separación del pecho como objeto (y más aún de la madre como unidad o identidad perceptiva) y del bebé como sujeto. El lactante no tiene vivencias en sentido estricto como actos de conciencia —no hay aquí actividad, sino pasividad—. En la esfera pasiva de la capa primordial de la génesis trascendental encontramos un sistema de instintos (*Triebssystem*) (Husserl, 1973: 594) y una sensibilidad táctil que constituye la encarnación primaria de la conciencia. Para dar cuenta de esta condición corporal de la conciencia, Husserl explora una estructura primaria (Walton, 2002: 275, 276) integrada por unos contenidos sensibles primarios, llamados *hyle* o «materia primigenia», y un sentir sensible, una pulsión instintiva, que se vuelve hacia ese material según el agrado o el desagrado que provoca, y que va acompañado de un movimiento cinestésico de succionar y deglutir (Husserl, 2008: 320). En esta estructura, la *hyle* tiene un carácter cósmico, y el sentir, un carácter yoico, como pulsión instintiva (Husserl, 2008, 189). La *hyle* primigenia es un campo sensible pre-dado que se define en virtud de su capacidad para despertar el interés del yo, es decir, por la fuerza con la que llama la atención del sentir del yo. El yo, por su parte, se vuelve hacia la *hyle* como respuesta a la propuesta que esta le dirige. Al ser captada, la materia se convierte en el primer tema, lo que primariamente llena (en este caso, literalmente: la leche materna) la intencionalidad instintiva vacía del mero dirigirse hacia ella (Husserl, 1973: 604). Se configura un vínculo dinámico cuyos extremos son el campo sensible pre-dado constituido pasivamente y el yo que se gira activamente hacia este.

En el espacio intersticial se encuentra la noción de *afección* (el placer o *displacer*), que hace de puente entre la pasividad y la actividad (Osswald, 2014: 47). La pulsión instintiva se vuelve hacia unos datos sensibles que placen, confortan, alivian, sacian o bien se aparta y se repliega en la intimidad corporal si afligen o duelen (Serrano de Haro, 2016: 257, 258). Por tanto, la pulsión se dirige hacia ese material *a ciegas*, impulsivamente (Husserl, 2008: 253), sin dejarse guiar por la iluminación de una representación consciente, esto es, de un objeto, y es solo el placer o el *displacer* sensible que obtiene del material lo que decide sobre la fidelidad o la infidelidad de la pulsión a este objeto (Husserl, 2008: 326).

Lo que nos interesa es constatar cómo los elementos de esta estructura primigenia en Husserl se corresponden con los componentes esenciales de la pulsión en Freud. Ambos coinciden, pues, en la descripción de la esencia de toda pulsión: el sentir es la *fuente* de la pulsión (localizada en la boca y los labios); los datos *hyléticos* son el *objeto* pulsional (en sentido estricto no se trata de un objeto, sino de datos sensibles de sabor, olor y tacto, aún no objetivados) y el *fin* de la pulsión es la *plenificación* de la pulsión instintiva mediante una cinestesia (succionar y deglutar). Ciertamente, en la primera fase, el fin de la pulsión natural de comer no es la succión o el chupar en sí mismo, sino beber la leche, y la cinestesia es un medio para tal fin. Es solo con la pulsión sexual de la segunda fase, cuando no se alcanza el material y se frustra la plenificación de la intencionalidad impulsiva, que la cinestesia de succionar se emancipa y se convierte en el fin mismo⁶.

Veamos la segunda fase. El lactante tiene hambre y el pecho de la madre no está disponible. Es crucial aquí la no disponibilidad, la no plenificación de la intencionalidad, la ausencia del objeto. Husserl lo explica así:

Cuando el anhelo no puede ir más allá de su estado inicial de hambre, inhibido como está en el movimiento hacia su fin, cuando el hambre en su falta de cumplimiento [*Unerfülltheit*] se intensifica hasta que se convierte en un deseo cada vez más ardiente, ¿no motiva esto una inmersión en el pasado y el recuerdo intuitivo del hambre y su cumplimiento [*Erfüllung*] en un disfrute creciente y saciado? (Husserl, 2006: 284)

El bebé asocia a la madre con el cumplimiento de la pulsión. Cuando la madre no está, cuando «en su falta de cumplimiento» el hambre se intensifica, entonces el bebé identifica asociativamente el hambre saciada con el placer que tuvo en el primer contacto (primera fase) y evoca el recuerdo de ese placer. El placer del primer contacto es tan intenso que el bebé va a querer repetirlo, y así vuelve sobre las afecciones de olor y tacto, ya destacadas del fondo del campo sensible olfativo y táctil en el primer contacto, que están ahora reteni-

6. Para contrastar esta concepción según la cual el placer no acompaña, sino que es el fin mismo de la pulsión sexual infantil, véase el artículo en este mismo volumen de Pilar Fernández Beites, «El placer-sensación en el marco del instinto sexual y el amor vital», especialmente su apartado 4: «Crítica al hedonismo desde el nivel vital» (p. 113).

das y evocadas en el recuerdo. Y es este placer el que el nuevo malestar en la boca va a intentar recuperar. Mientras que, en la primera fase, el placer acompaña al hambre saciada (es solo un «producto accesorio», *Nebenwirkung*), en la segunda fase se convierte, por asociación, en el centro mismo de la atención.

6. El autoerotismo en Freud o la autoafección en Husserl

Freud dice que el pecho de la madre es un *objeto perdido* (Freud, 1972: 87) o, más concretamente, el *objeto de un placer perdido* que se quiere recuperar⁷. Esto significa que la pulsión sexual no se dirige a un objeto *real*, la leche o el pecho, sino que busca repetir una experiencia placentera.

La falta de objeto en la que tanto insiste Freud significa, pues, que el objeto de la pulsión no está determinado empíricamente, sino que solo es instrumental para que la pulsión logre la satisfacción, pues el placer recordado es tan intenso que el niño querrá repetirlo y satisfacerlo de buen grado con lo que tenga a mano, incluida cualquier parte de su cuerpo:

El niño no se sirve, para la succión, de un objeto exterior a él, sino preferentemente de una parte de su propio cuerpo, tanto porque ello le es más cómodo como porque de este modo se hace independiente del mundo exterior que no le es posible dominar aún. (Freud, 1972: 48)

Freud resume sucintamente el conflicto pulsional de este modo: «En su origen la pulsión sexual se apoya en una de las funciones vitales somáticas; aún no tiene objeto sexual y por esto es auto-erótico; y su fin sexual está dominado por una zona erógena» (Freud, 1972: 48). El fin de la pulsión sexual ya no es, pues, la actividad de comer, sino el placer de succionar, «el chupeteo o chupar [*Das Lüdeln oder Lutschen*] como succión productora del placer» (Freud, 1972: 45). La pulsión sexual se convierte así en pulsión «auto-erótica»: «El niño que ejecuta la succión busca por todo su cuerpo y escoge una parte cualquiera de él, que después, por la costumbre, será la preferida» (Freud, 1972: 49).

El autoerotismo es la consecuencia de la pérdida del objeto (*Objektlösigkeit*) de la pulsión. La pulsión sexual vuelve hacia atrás, por así decir, y se funde con su fuente (Bernet, 2020: 155). La fuente misma se convierte en el objeto, y así se transforma en zona erógena. El concepto de autoerotismo debe entenderse como una excitación o un estímulo que nace y se satisface en el mismo lugar. La actividad autoerótica necesita del contacto de la zona erógena con otra parte del cuerpo, como la succión del pulgar, pero su modelo ideal es el representado por «la sensación de los labios tocándose», en palabras de Husserl, o «besar mis propios labios», como dice Freud (1972: 48). Podemos entender fenomenológicamente el concepto de autoerotismo como la dimensión de una auto-

7. Laplanche (1970: 19) llama la atención sobre la observación de Freud (1972: 87) de que el objeto parcial (el pecho de la madre) está perdido en el momento en el que el objeto total (la madre como persona) empieza aemerger.

afección o reflexividad puramente corporal (Bernet, 2020: 146) característica de la sensibilidad táctil.

Detengámonos un momento en la sensibilidad táctil, las sensaciones de contacto o tacto corporal (Bernet, 2020: 231-233), tan singulares que Husserl las distingue de todas las demás sensaciones (*Empfindungen*) reservándoles el nombre de *ubiestésias*⁸ (*Empfindnisse*). En su estado más original, estas sensaciones (*Empfindnisse*) no son más que la sensación corporal (más o menos fuerte) de ser «tocado» (*berührt*). Antes de saber si se trata de un toque accidental (*Berühren*) o de un toque intencionado (*Betasten*), de una caricia o de ser agarrado, antes incluso de saber qué es lo que me toca de este modo, ya siento, más o menos confusamente, dónde me tocan. La sensibilidad corporal no solo discierne la intensidad de una presión, sino también el lugar donde se ejerce (Husserl, 1952: 145). Pero este lugar donde mi cuerpo se siente tocado no es el espacio de la extensión (*Ausdehnung*) de las cosas materiales —un espacio del que mi cuerpo sentiente no tiene noción—. Por el contrario, es el espacio íntimo de una sensación, de una extensión (*Ausbreitung*) de la sensibilidad corporal que se expande por la superficie de mi cuerpo (Husserl, 1952: 149). Existe un caso en el que la localización de la sensación de ser tocado y la constitución del lugar tocado en este contacto se producen simultáneamente, cuando, por ejemplo, es mi propia mano la que toca mi cuerpo. Cuando me paso la mano por la frente, en cada punto de contacto entre mi frente y mis dedos se produce un cruce de sensaciones, algunas de las cuales pertenecen a mi mano y otras, a mi frente: las sensaciones de la mano que explora la superficie externa de mi cuerpo al tocarla y las sensaciones internas (*ubiestésias*) que siente mi frente al ser tocada. Este juego de tocar y ser tocado puede invertirse en cualquier momento: basta con que mi frente, tocada por mi mano, comience a tocar la mano, entonces mi mano pasa a ser la tocada. Esta inversión o reflexividad de las sensaciones táctiles es la experiencia más original de una espacialidad corporal, una protoespacialidad que se muestra como una superficie sensible por ambos lados y que se extiende mediante el autotocamiento.

Husserl pone el ejemplo de una mano que toca la otra —pero mi mano rascando la cabeza, mis labios frotándose uno contra el otro o la boca chupando el pulgar servirían igualmente—. En todos estos casos, mi cuerpo se explora simultáneamente desde fuera y se siente desde dentro, se siente tocando y siendo tocado.

En esta experiencia autoafectiva primordial de mi cuerpo sentiente-sentido se constituye la diferencia fundamental en Husserl (1952: 148-151) entre mi cuerpo vivido o carne sentiente, que Husserl llama *Leib*, y mi cuerpo como objeto físico que toco y veo por fuera, llamado *Körper*. El *Leib* que se siente tocado aparece simultáneamente desde el exterior como un *Leibkörper*. Mi cuerpo como *Leib* o carne fenoménica y mi cuerpo como *Körper* o cuerpo

8. Seguimos la traducción de *Ideas II* de A. Zirión, quien acuña el neologismo *ubiestésia* para traducir el término alemán arcaico *Empfindniss*.

físico son numéricamente idénticos y ontológicamente diferentes (Bernet, 2020: 237).

7. Protoespacialidad libidinal

El acercamiento fenomenológico a Freud nos permite entender el autoerotismo de la sexualidad infantil, o la ausencia de objeto de la pulsión sexual, en términos de la reflexividad de las dobles sensaciones mediante la que se constituye el cuerpo vivido. Un cuerpo que aún no se da en una unidad afectiva o perceptiva, sino que está formado por una pluralidad de partes o, como las llama Freud, «zonas erógenas». Hemos visto cómo la pulsión sexual oral emerge apoyándose en el instinto de comer, pero según Freud hay al menos tres pulsiones sexuales en la infancia. Tres pulsiones parciales, cada una en conflicto con su respectiva necesidad natural: la pulsión parcial oral, la anal y la genital. Estas pulsiones están asociadas a sus fuentes, que son las zonas erógenas respectivas, precisamente porque se han desvinculado de sus funciones naturales respectivas. Las fuentes de las pulsiones parciales, las zonas erógenas, mantienen también sus funciones naturales. Se da una oscilación constante entre la autoafección de la pulsión sexual y la pulsión de satisfacer una necesidad dirigida a un objeto. De este modo, durante la vida sexual infantil, que según Freud es en esencia autoerótica, se va constituyendo y diferenciando la corporalidad mediante la constitución simultánea de un órgano erógeno y un objeto, un objeto que oscila continuamente entre el propio cuerpo y el reconocimiento de un objeto externo.

Freud las llama «pulsiones sexuales parciales», porque aún no están unificadas en una sola pulsión sexual, algo que ocurre durante la pubertad. Dice Freud:

El final del desarrollo [de la sexualidad infantil] está constituido por la llamada vida sexual normal del adulto, en la cual la consecución del placer entra al servicio de la función reproductora, habiendo formado las pulsiones parciales bajo la primacía de una única zona erógena. (Freud, 1972: 62)

En el tercero de los *Tres ensayos*, Freud trata la transición de la sexualidad pregenital a la sexualidad genital. Esta transición se describe como el efecto de una maduración de la sexualidad infantil que se produce en el momento de la «pubertad» tras un «período de latencia». En el transcurso de este período de latencia, el joven, bajo la influencia de la vergüenza, el asco y las estructuras de la moral y la autoridad, ya ha forjado las primeras «barreras» para contener su sexualidad desbordante. Esta evolución llevaría a la fijación de la pulsión sexual en los órganos genitales y a la unificación de las pulsiones parciales previas y a su sometimiento a la primacía de la nueva pulsión genital⁹ (Bernet, 2020: 159).

9. Esta teoría teleológica de las pulsiones sexuales ha sido criticada por algunos psicoanalistas posteriores, especialmente por Lacan.

Antes de haberse formado la sexualidad adulta normal, durante el periodo de latencia, hay una pluralidad fragmentada de pulsiones aisladas e inconexas que tienden, independientemente las unas de las otras, a encontrar la satisfacción en el mismo lugar sin recurrir a un objeto exterior, pero también sin referencia a una imagen unificada del cuerpo, a un primer esbozo del yo, que no ocurre hasta la pubertad y va ligado a la fase que Freud llama «narcisista». Se puede considerar el autoerotismo infantil como un narcisismo primitivo o primario al que seguiría, en la pubertad, un narcisismo secundario (Gómez, 2021: 321-323). La diferencia entre ambos narcisismos, entendido desde un punto de vista fenomenológico, está en que en el autoerotismo infantil se constituyen pasivamente las partes del cuerpo, y en el momento narcisista secundario se forma activamente la unidad intencional perceptiva y volitivo-afectiva del propio cuerpo.

El psicoanálisis coincide con la fenomenología en la comprensión de nuestro cuerpo en términos estrictamente corporales y sentientes mucho antes de que una intencionalidad de objeto aparezca como tal, pero además debemos reconocer el mérito a Freud de haber enriquecido considerablemente la comprensión del cuerpo, pues aborda la cuestión de la unificación de los diversos órganos del cuerpo en términos directamente corporales. En este sentido, podemos considerar que estas tres pulsiones parciales (oral, anal, genital) ligadas al cuerpo constituyen una primera espacialidad del cuerpo vivido o, como podemos llamarla también, una «protoespacialidad libidinal», como un sistema de partes o zonas del cuerpo sentiente.

La pulsión sexual adquiere gradualmente sus objetos. Primero, en las diversas excitaciones del cuerpo, las experiencias sensoriales en las zonas «erógenas» y, luego, dependiendo de sentimientos más complejos del niño hacia sus padres, que para Freud forman un drama familiar, se liga a objetos externos, entendiendo estos ya como otras personas. Nuestras consideraciones tienen en cuenta solo la parte del conflicto entre la pulsión de autoconservación y el placer sensorial pulsional de la zona erógena como la génesis de la sexualidad y como constituyente del cuerpo vivido, pues es justo ahí, en el estrato más profundo o infantil, donde el análisis psicoanalítico de la pulsión coincide con la descripción fenomenológica del instinto. No entramos a considerar las llamadas «vicisitudes o destinos de los objetos pulsionales», que es donde por cierto se centra buena parte de la terapia psicoanalítica, pero donde Freud se aleja de Husserl, como veremos brevemente a continuación. En esta ulterior «adquisición» de objetos, o apego a ellos, entran en juego lo que, en términos de Husserl, ya no sería solo el placer sensible, sino también los sentimientos sensibles de agrado y los sentimientos superiores relacionados con objetos intencionales portadores de valor.

En este contexto, sin embargo, vale la pena añadir, para evitar confusiones, que la dimensión intersubjetiva en que aparecen los otros no es posterior a la constitución del yo, sino que está implicada desde el comienzo. La experiencia del otro tiene lugar primariamente a través de una referencialidad instintiva a los otros (Walton, 2002: 82), pues, como dice Bernet (2020: 153), no solo

hay que satisfacer una necesidad, como la de comer, sino que esta necesidad se experimenta en la forma de un estado de «desamparo» (*Hilflosigkeit*) originario. El hecho biológico del nacimiento prematuro del bebé humano provoca que todas sus necesidades se inserten inmediatamente en el registro de una demanda dirigida al otro y trascienden así la esfera de una realidad puramente centrada en el yo. Husserl nunca llega a atribuir solo al yo todo el poder de una constitución corporal, ya sea de su propio cuerpo o del cuerpo de los demás. Para Husserl, no se puede deducir todo el significado del cuerpo de los demás a partir de la experiencia que tengo de mi propio cuerpo.

8. Conclusión: la diferencia radical entre Freud y Husserl respecto al sujeto pulsional

Hemos desarrollado una lectura de los *Tres ensayos sobre teoría sexual* de Freud, partiendo de la idea directriz de que los análisis sobre la sexualidad infantil constituyen una investigación eidética de la pulsión en general, y hemos detallado las afinidades entre la primera teoría de las pulsiones en Freud y la fenomenología de los instintos en Husserl. Demostramos así cómo ambos autores, por diferentes medios, el psicoanálisis y la fenomenología, determinan la esencia de toda pulsión mediante el retroceso genético o la regresión psicoanalítica a los estratos primigenios constitutivos de la conciencia humana encarnada, donde opera un sistema de pulsiones e instintos ciegos e inconscientes que buscan solo la satisfacción. Esta coincidencia en la determinación de la pulsión no debe, sin embargo, llevar a la conclusión errónea de que ambos autores comparten también una misma concepción del papel de las pulsiones en la definición del ser humano. A modo de conclusión, no podemos dejar de mencionar cómo cada autor concibe de manera radicalmente distinta la subjetividad que se constituye sobre este fundamento pulsional.

Freud concibe la pulsión sexual o libido como una fuerza (*Drang*) interior inagotable que apremia constantemente y sin reposo, de modo que el yo nunca está libre de un estímulo u otro que se ejerce sobre la vida psíquica por parte del cuerpo. Toda pulsión tiene por fin (*Ziel*) satisfacer o apaciguar (*Befriedigung*) la excitación de la fuente (*Quelle*) corporal mediante un movimiento cinestésico que logra la descarga de la tensión sobre un objeto (*Objekt*), pero nunca puede satisfacerse plenamente, la estimulación nunca se agota o se suprime por completo. La pulsión no quiere nada más que la continuación y la repetición de su propio movimiento de satisfacción, siendo su único objetivo preservarse a través de un movimiento que reinicia continuamente. La pulsión constituye la parte más arcaica de la vida, se rige por el principio de placer y funciona según las reglas rudimentarias e ilógicas del inconsciente (el proceso primario). La consecuencia más importante y grave de la teoría de las pulsiones es la concepción del sujeto como mero epifenómeno de una realidad pulsional de la que extrae toda su energía, pero de la que no puede liberarse, hasta el punto de perder todo control voluntario o racional (Bernet, 2020: 145). Incluso la concepción de la sublimación como «destino pulsional» pare-

ce ser insuficiente, pues es problemática la idea de una libido que tenga la capacidad de escapar de sí misma y sublimarse por sí misma eligiendo fines más elevados (Bernet, 2020: 301). La pulsión tiene un carácter nihilista y Freud se opone a hacer de ella un principio de desarrollo espiritual, pues la pulsión nunca empuja al cambio por sí misma, no inventa nada nuevo, sino que continúa y repite lo que siempre ha hecho desde el principio (Bernet, 2020: 204). Esta es la diferencia clave con respecto a Husserl.

Husserl considera también que la vida instintiva del comienzo es irracional, pero, a diferencia de Freud, hace posible la racionalidad, pues los instintos fundamentan las intencionalidades de orden superior. Es crucial el papel del instinto que Husserl (2006: 325) llama «instinto de curiosidad» o «de novedad» (*Instinkt der Neugier*), pues permite que los instintos no solo tengan a repetirse constantemente de manera idéntica satisfaciéndose con lo mismo, sino que puedan desarrollarse, mejorar y resultar más complejos en el curso de la experiencia. El factor clave que contribuye al desarrollo de los instintos es que, con la satisfacción de un instinto descargado o plenificado en un objeto, este objeto —y el medio para satisfacerlo, la cinestesia— se revela. El instinto, al principio ciego, va adquiriendo paulatinamente cierta «lucidez», pues realiza la tendencia innata que conduce a una donación «óptima» de los objetos. Con este ejercicio, el instinto se modifica hasta convertirse en *acto* intencional, pasa de la pasividad a la actividad instintiva de un estrato superior de la génesis. Existe, pues, una teleología innata localizada en la dimensión instintiva de la vida y orientada hacia la razón. Que toda la vida del yo esté arraigada en los instintos no supone una amenaza para la razón, sino que permite a la fenomenología dar cuenta de los fundamentos ocultos de la razón.

Hay en Freud, a diferencia de Husserl, una magnificación de lo irracional en detrimento de la espiritualidad humana, y se le ha criticado por su concepción del ser humano que busca solo la satisfacción de un placer sensorial fuera de la esfera del sentimiento e indiferente de todos los objetivos y bienes humanos. Ante esta crítica, podemos decir que conocer el funcionamiento de las pulsiones nos sensibiliza ante la presencia amenazadora de lo inhumano en el corazón de la vida humana y, por tanto, podemos defendernos mejor contra las pulsiones nihilistas que se liberan en nuestras vidas.

Referencias bibliográficas

- BERNET, Rudolf (2020). *Force, Drive, Desire: A Philosophy of Psychoanalysis*. Evanston: Northwestern University Press. Versión original: *Force-Pulsion-Desir: Une autre philosophie de la psychanalyse*. París: Librairie philosophique J. Vrin, 2013.
- FERNÁNDEZ BEITES, Pilar (2025). «El placer-sensación en el marco del instinto sexual y el amor vital». *Enrahonar*, 75, 101-118.
- FREUD, Sigmund (1972). *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Madrid: Alianza Editorial.

- GÓMEZ, Carlos (2021). *Freud y su obra. Génesis y constitución de la Teoría Psicoanalítica*. Madrid: Alianza editorial.
- HART, James G. (1998). «Genesis, Instinct, and Reconstruction: Nam-In Lee's Edmund Husserl's *Phänomenologie der Instincte*». *Husserl Studies*, 15, 101-123. <<https://doi.org/10.1023/A:1006064431666>>
- HUSSERL, Edmund (1952). *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie. Zweites Buch: Phänomenologische Untersuchungen zur Konstitution*. Editado por M. Biemel. *Husserliana, IV*. Den Haag: Martinus Nijhoff. Versión española: *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro Segundo: Investigaciones fenomenológicas sobre constitución*. México: Fondo de Cultura Económica, 2014².
- (1973). *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität. Texte aus dem Nachlass. Dritter Teil: 1929-1935*. Editado por I. Kern. *Husserliana XV*. La Haya: Martinus Nijhoff.
- (2006). *Späte Texte über Zeitkonstitution (1929-1934). Die C-Manuskripte*. Editado por D. Lohmar. *Husserliana - Materialien VII*. Dordrecht: Springer.
- (2008). *Die Lebenswelt: Auslegungen der vorgegebenen Welt und ihrer Konstitution. Texte aus dem Nachlass (1916-1937)*. Editado por R. Sowa. *Husserliana XXXIX*. Dordrecht: Springer.
- (2020). *Studien zur Struktur des Bewusstseins. Teilband II: Gefühl und Wert. Texte aus dem Nachlass (1896-1925)*. Editado por U. Melle y Th. Thomas Vongehr. *Husserliana XLIII*. Dordrecht: Springer.
- KRETSCHEL, Verónica y OSSWALD, Andrés (2017). «El olvido en la fenomenología de Husserl: Dos fenómenos límite». *Phenomenological Studies: Revisada da Abordagem Gestáltica*, 23(3), 317-325. <<https://doi.org/10.18065/RAG.2017v23n3.6>>
- LAPLANCHE, Jean (1970). *Life and death in Psychoanalysis*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press. Versión española: *Vida y muerte en psicoanálisis*. Traducción de M. Horne. Buenos Aires: Amorrortu, 1973.
- LAPLANCHE, Jean y PONTALIS, Jean-Bertrand (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- LEAR, Jonathan (1990). *Love and its Place in Nature: A Philosophical Interpretation of Freudian Psychoanalysis*. Nueva York: The Noonday Press.
- (2005). *Freud*. Nueva York: Routledge.
- LEE, Nam-In (2020). «Instinct». En: DE SANTIS, Daniele; HOPKINS, Burt y MAJOLINO, Claudio (eds.). *The Routledge Handbook of Phenomenology and Phenomenological Philosophy*. Londres: Routledge. <<https://doi.org/10.4324/9781003084013-23>>
- MENSCH, James (1997). «Instincts — A Husserlian Account». *Husserl Studies*, 14(3), 219-237. <<https://doi.org/10.1023/A:1006078602134>>
- MORAN, Dermot (2017). «Husserl's Layered Concept of the Human Person: Conscious and Unconscious». En: LEGRAND, Dorothée y TRIGG, Dylan (eds.). *Unconsciousness between Phenomenology and Psychoanalysis*. Cham: Springer. <https://doi.org/10.1007/978-3-319-55518-8_1>

- OSSWALD, Andrés (2014). «El concepto de pasividad en Edmund Husserl». *Areté: Revista de Filosofía*, 26(1), 35-51. Recuperado de <<https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/arete/article/view/9275/9688>>
- QUEPONS, Ignacio (2021). «Estructuras intencionales del sentimiento y del instinto». En: SERRANO DE HARO, Agustín (ed.). *Guía Comares de Husserl*. Granada: Comares.
- SERRANO DE HARO, Agustín (2016). *Paseo filosófico en Madrid: Introducción a Husserl*. Madrid: Trotta.
- (ed.) (2021). *Guía Comares de Husserl*. Granada: Comares.
- WALTON, Roberto (2002). «Instintos, generatividad y tensión en la fenomenología de Husserl». *Natureza Humana*, 4(2), 253-292. Recuperado de <<https://pepsic.bvsalud.org/pdf/nh/v4n2/v4n2a01.pdf>>

Pau Pedragosa Bofarull es arquitecto (Universitat Politècnica de Catalunya-ETSAB), licenciado y doctor en Filosofía (Universitat de Barcelona). Sus áreas de investigación son la filosofía, la fenomenología, la estética y el psicoanálisis freudiano. Ha publicado una treintena de artículos y capítulos de libros académicos especializados en fenomenología del cuerpo, del espacio, del arte y de la arquitectura. Ha sido miembro investigador de seis proyectos de investigación competitivos. Tiene experiencia docente universitaria en la Escola Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona (UPC), en la Escuela de Arquitectura de la UIC y en diferentes escuelas de arte y diseño de Barcelona (EINA, IED). Ha sido profesor invitado en el College of Architecture and Urban Planning (Tongji University-Shanghai, China). Actualmente es profesor colaborador en los Estudios de Artes y Humanidades de la Universitat Oberta de Catalunya (UOC).

Pau Pedragosa Bofarull is an architect (Polytechnic University of Catalonia-ETSAB), with a degree and a PhD in Philosophy (University of Barcelona). His areas of research are philosophy, phenomenology, aesthetics and Freudian psychoanalysis. He has published around thirty academic articles and book chapters on phenomenology of the body, space, art and architecture. He has been a research member of six competitive research projects. He has extensive teaching experience at the Escola Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona (UPC), UIC Escola d'Arquitectura, and at different art and design schools in Barcelona (EINA, IED). He has been a visiting professor at the College of Architecture and Urban Planning (Tongji University-Shanghai, China). He is currently a collaborating lecturer at the Faculty of Arts and Humanities at the Open University of Catalonia (UOC).
